



EL AJOLOTE QUIERE CONVERTIRSE EN DRAGÓN

Arlette Armenta

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 5º semestre

Era la junta del Consejo de Dragones del siglo, en ella estaban presentes dragones de todo tipo: aquellos de las historias medievales con enormes alas de murciélago y bocas que escupían fuego; dragones de las leyendas asiáticas con largos cuerpos serpentinos, cuernos de venado y barbas de siluro; dragones de Komodo, incluso Quetzalcóatl estaba allí, con sus bellas plumas verdes. Todos listos para escuchar a los nuevos candidatos.

Ese día iban dos animalitos mexicanos, endémicos ambos y, por si fuera poco, en peligro de extinción. El primero era un abronia graminea y el segundo, un ajolote.

—Preséntense —dijo uno de los dragones con voz rasposa—, luego el Consejo evaluará si se acepta o no su solicitud de convertirlos en dragones.

Así pues, el *abronia graminea* caminó al frente y comenzó a cantar:

Azul me llaman por mis escamas
talladas en turquesas
con motas de morado silvestre.
Lengua de obsidiana
y ojos de aguamarina.
Soy animal que encanta y asusta humanos,
aun cuando soy pequeño de tamaño
y no hay veneno en mis venas.
Verdadero dragón quiero ser
para que me den alas,
y que al morir
en inmortal me convierta.

Al finalizar su canto, los dragones discutieron. No les fue difícil tomar una decisión, después de todo, el *abronia graminea* pertenecía a la fa-

milia de los reptiles, y el color de sus escamas azul turquesa les había encantado a todos.

—El Consejo de Dragones ha decidido aceptarte bajo tu nuevo nombre: Dragoncito Azul.

Luego, fue el turno del ajolote. Se acercó al centro, casi tímido y comenzó a cantar su propia melodía:

No soy reptil,
carezco de escamas,
pero pequeño monstruo de agua soy;
rosado como la aurora,
café o azabache,
de rostro alegre
y tocado de coral.

La tierra y el agua me gusta transitar.
Dicen que soy mágica criatura,
que desafío a la muerte;
en parte, es cierto:
me regenero,
mi corazón lo hace,
y aun así me desvanezco...

No soy tan mágico, supongo,
no si la extinción persigue a mi especie,
no si solo me ven como alimento o mascota
y nadie en verdad me adora.

Quiero ser un dragón,
tener magia, volar.
Quiero immortalizar esta sonrisa.

Los ojos de los dragones se humedecieron ante el triste canto del ajolote, que había venido a reforzar las palabras del Dragoncito Azul. Se miraron entre sí y asintieron unánimemente; si los humanos no immortalizaban a esas especies, ellos lo harían.

—Te nombramos Axolótl, dragón de Xochimilco.